

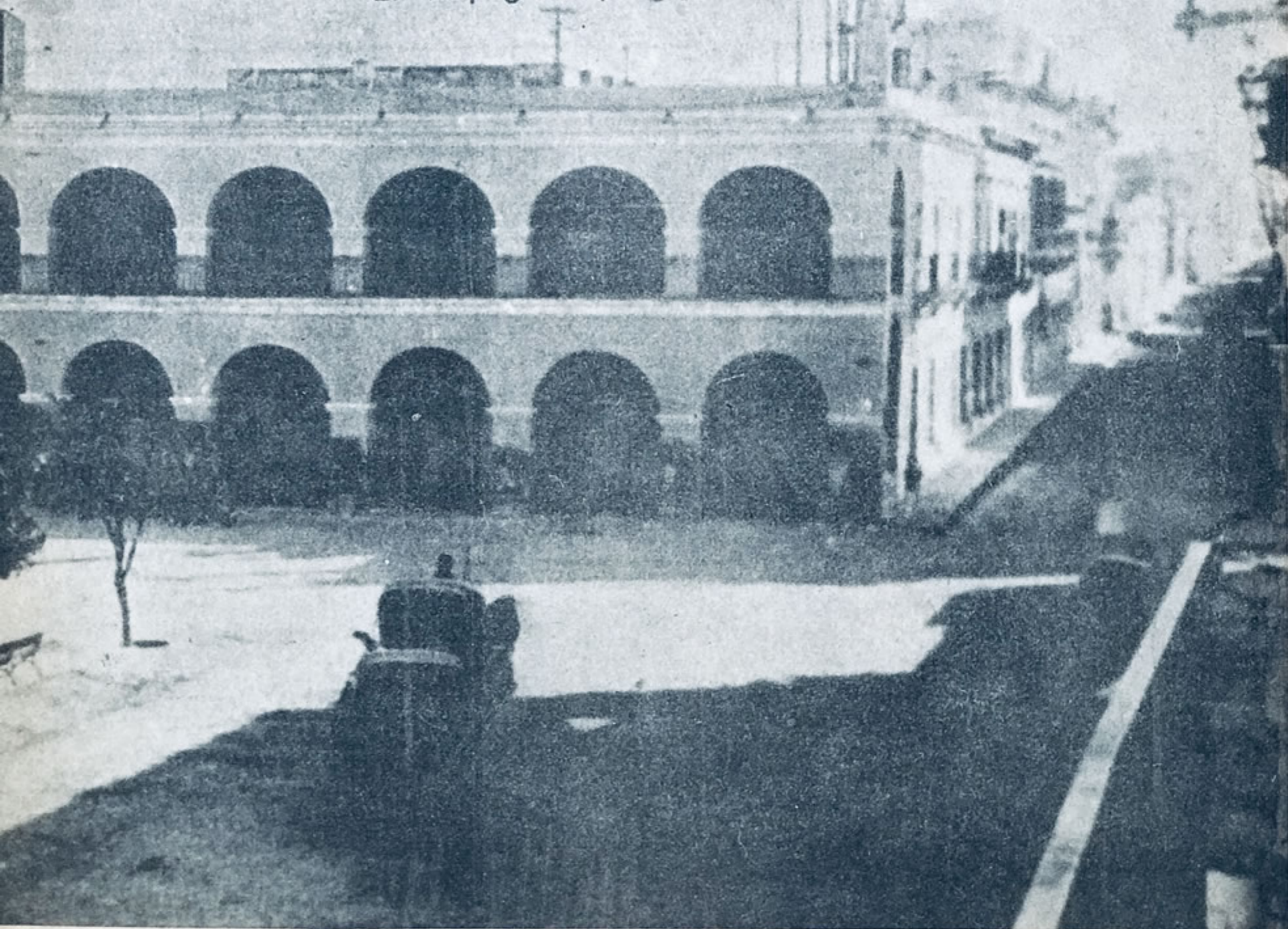
El Cabildo de Tucumán, principal escenario
de los sucesos
acaecidos en 1856.

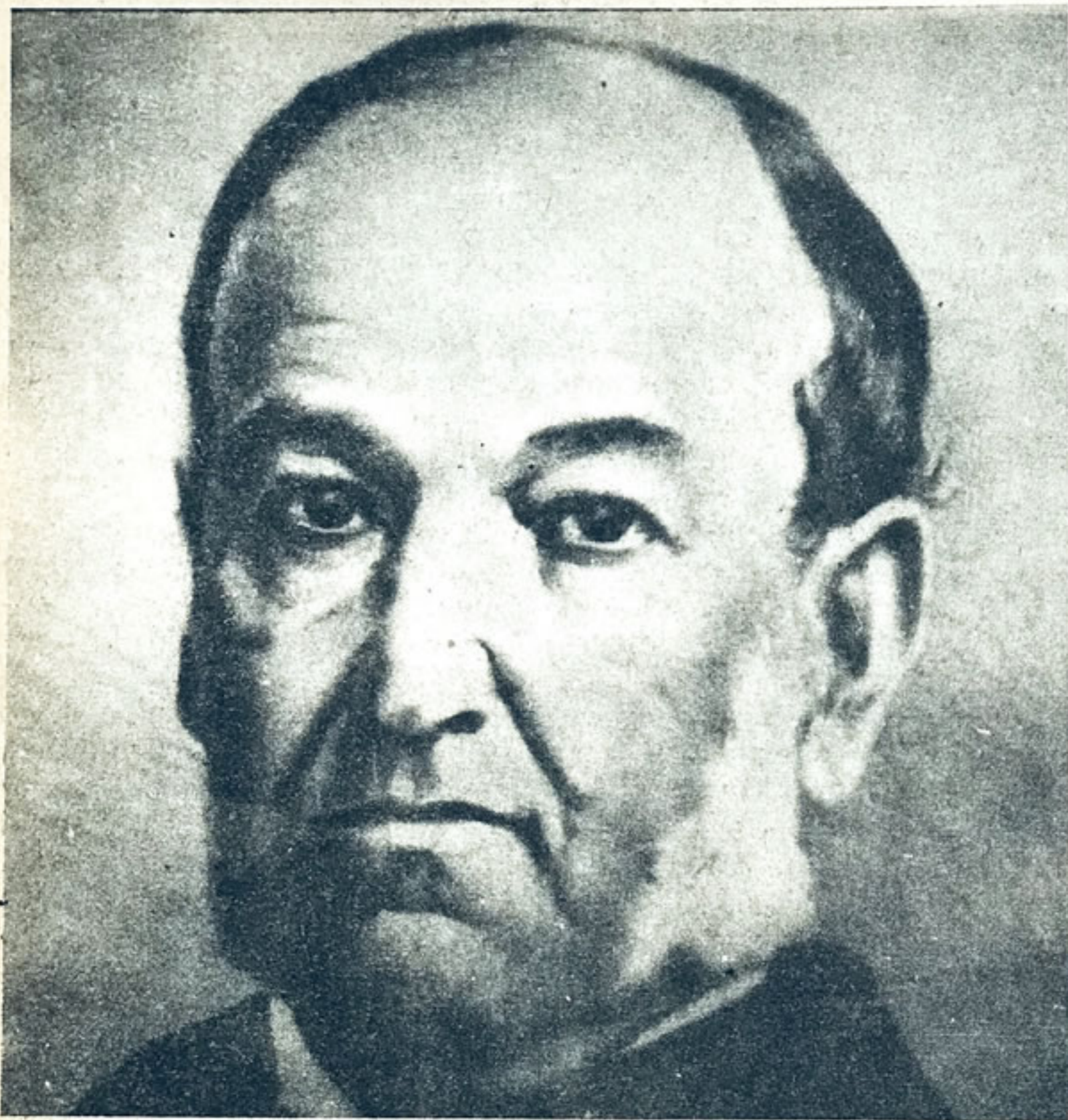


La revolución de los Posse

por Carlos Páez de la Torre (h)

Una cuestión fundamental dividía a la República Argentina en 1856: la puja entre la Confederación y el rebelde Estado de Buenos Aires, que se resolvería recién en 1861, en los campos de Pavón. El año se había iniciado con las invasiones de los generales José María Flores y Jerónimo Costa, confederados, al territorio porteño. Las fuerzas rebeldes batirán a Flores en Laguna de Cardoso y lo perseguirán Santa Fe adentro. En cuanto a Costa, tras algunos éxitos iniciales lo alcanzará la derrota - y la muerte - en Villamayor. Las hostilidades precipitarán la ruptura del statu quo entre la Confederación y Buenos Aires. El gobierno de la primera declarará violada la convivencia por la entrada de los perseguidores de Flores en tierra santafesina: denunciará los pactos del 20 de diciembre de 1854 y el 8 de enero de 1855, declarando, por boca del presidente Justo José de Urquiza: "La paz con Buenos Aires, señores, reposa en lo sucesivo sobre la garantía de la conciencia y del honor del Gobierno Nacional Argentino" ... Mientras así se ahondaban las disensiones en Buenos Aires y en Paraná, el mapa político del norte argentino distaba mucho de estar tranquilo. Así lo demuestra un serio incidente ocurrido en la noche del 16 de abril de 1856, en la ciudad de Tucumán: la revolución de los Posse. En las páginas que siguen, intentamos rescatar sus detalles (1)

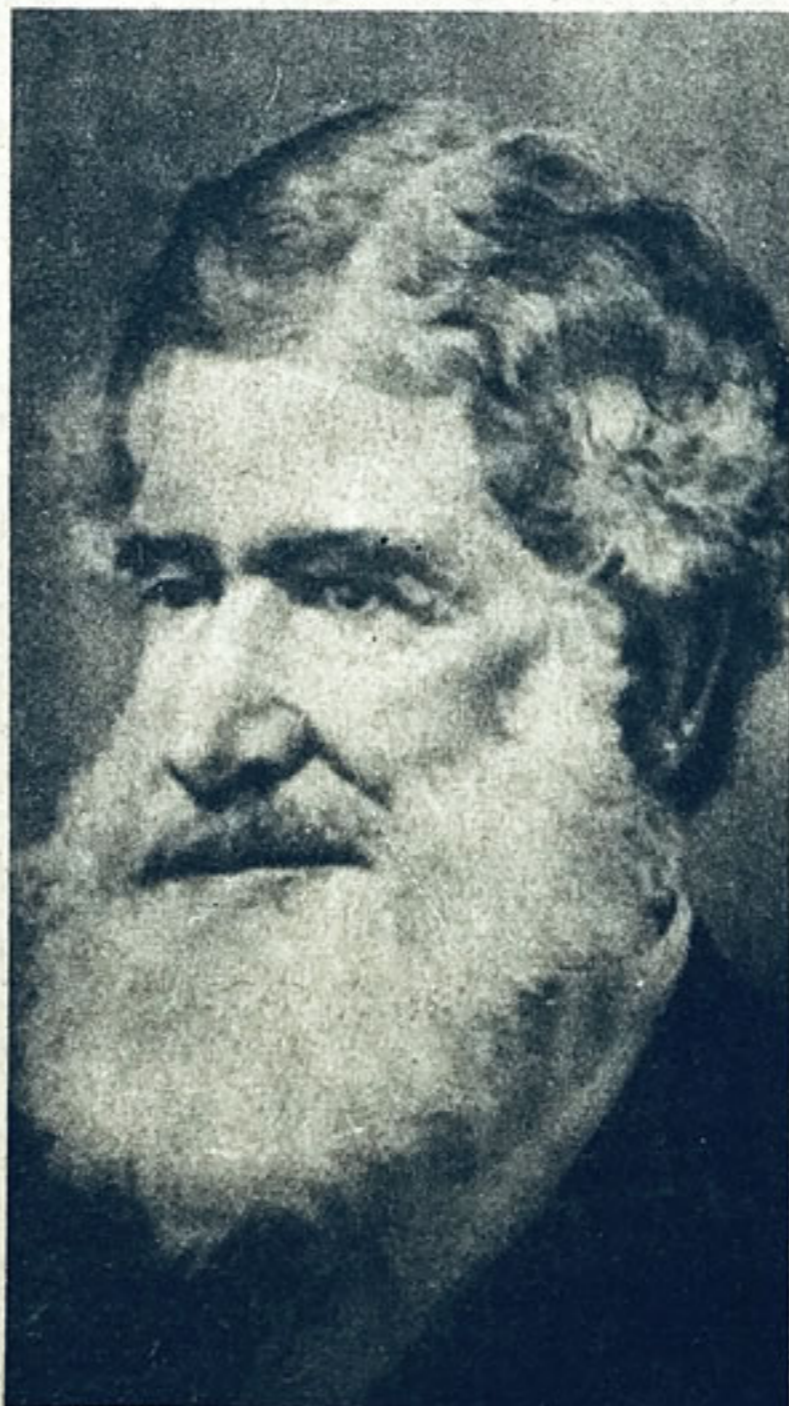




• Agustín Justo de la Vega, riojano radicado en Tucumán, era un hombre de predicamento ante Urquiza, que lo nombro su ministro.



El coronel Anselmo Rojo tenía una brillante foja de servicios como unitario, a las órdenes del general Paz.



Celedonio Gutiérrez en la vejez: 11 años había gobernado Tucumán y conservó partidarios hasta una década después de Caseros.

Entre el Cura y el Peludo

Poco después de Caseros, los tucumanos habían derrocado al general Celedonio Gutiérrez, el *Peludo*, poniendo final a once años de mansa dictadura. Gutiérrez no se resignó, y hasta 1861 batalló e intrigó por recuperar el poder, cosa que logró sólo por breves intervalos. Acaso le hubiera ido mejor, si los antirrosistas tucumanos no hubieran tenido a su frente a un hombre tan decidido como el cura José María del Campo. De cura le quedaba sólo el nombre, porque hacía tiempo que había abandonado la sotana para empuñar el sable y la pistola. No se sabe cómo fue el proceso que sacó a Campo del anonimato a la primera fila, en 1853. Pero el caso es que el cura tomó en sus manos el gobierno de Tucumán, derrotó a Gutiérrez y trató de conducir la provincia de acuerdo al nuevo estilo. Que era bien nuevo. Caída la mordaza que el Peludo había impuesto durante una década, todo el torbellino "democrático" envolvió a la ciudad y la campaña. Empezaron a formarse los partidos con sus incontables subdivisiones, a armarse la red de intrigas características de la política de provincias. El ambiente se hizo movido, complicado. Por un lado estaba el sempiterno *Peludo* con los suyos, siempre esperando la ocasión de recuperar el poder. Por el otro, el movidizo cura Campo, cuya fuerza no sólo se apoyaba en su condición de gobernador, sino en la poderosa familia de los Posse, su más entusiasta partidaria. Había que agregar la personal variante del doctor Agustín Justo de la Vega, riojano avecindado en Tucumán con gran predicamento ante Urquiza, que lo nombraría ministro de Hacienda de la Confederación. Y junto a estos grupos principales, pesaban todavía otros clanes, como el de los Frías (cuyas figuras salientes eran don José, ex gobernador

en tiempos de la invasión de Quiroga, y el doctor Uladislao, jurista de nota e íntimo de Sarmiento), sin olvidar que rodeaba a personajes aislados: el constituyente Salustiano Zavalía, tan amigo de Urquiza, o don Benjamín Villafañe, propagandista en el Norte de la Asociación de Mayo, al finalizar la movida decada de 1830.

Campo gobernador

No fue fácil la tarea de Campo en el gobierno de Tucumán. Dentro de lo que le permitía el correr de los acontecimientos, dio tono diferente a su mandato. Reparó las confiscaciones políticas, prohibió las exacciones de ganado y dinero, declaró amnistía para los emigrados políticos y prohibió que se les impusiera penas por sus viejas opiniones. Apoyó al nuevo diario, *El Argentino Independiente*, donde decidió publicar los documentos oficiales. Fundó la primera escuela gratuita de primeras letras, la "Escuela de la Patria" y plantó otras dos en la campaña. Alentó la estadística, que llegaba con la aureola de "sublime ciencia de los gobiernos". Pero todo este legislar moderno no fue más lejos, debido a la maltrecha economía. Abolidos el diezmo y la Aduana local, empobrecida la provincia con la guerra, tuvo que acudir a empréstitos forzosos y a nuevos impuestos para salir de apuros. El déficit de su presupuesto de 1854 (gastos de \$ 45.393 sobre entradas de sólo 17.957) ilustra con elocuencia sobre el panorama.

Simultáneamente, no descuidaba el gobernador sus problemas militares. No se sabía cuando podía volver el *Peludo* a las andadas, temía invasiones de Catamarca o de Santiago y el orden interno a cada rato parecía próximo a perturbarse. Por eso recorrió concienzudamente la campaña, organizó la Guardia Nacional e hizo que los particu-

lares devolvieran las armas de la Provincia que habían quedado en sus manos después de los entrevos de Gutiérrez.

Así, poco a poco, logró que las cosas lograran cierta regularidad "constitucional" en Tucumán. El político de su gobierno era José Posse, ministro general: el ácido don *Pepe*, íntimo amigo y compañero de correrías de Sarmiento. Elemento irritante no sólo por su pluma de vitriolo y su lengua desenfrenada sino por el profundo desprecio que proclamaba hacia las modalidades de la política criolla. Había sido "salvaje unitario" exiliado, pero tenía también un reciente pasado federal que le refrescaban a cada rato: ministro de Gutiérrez en las postrimerías, se le endilgaba —aunque él siempre lo negó— responsabilidad en la ejecución de Crisóstomo Alvarez⁽²⁾. Pero, para Campo, era Posse sumamente útil porque representaba a un clan poderoso. No es que don Pepe fuera rico, sino que lo eran sus primos, sus tíos o sus sobrinos: hombres con ingenios azucareros y con estancias, al mando de peonadas que podían convertirse en ejércitos con solo una orden.

Nicolás Avellaneda lo diría claramente: "la familia Posse... formaba en la administración Campo lo que en nuestro vocabulario de política provincial se llamaba el *partido del gobierno*: le ayudaba en sus actos administrativos, pugnando también a su lado en las luchas electorales"⁽³⁾.

Las candidaturas de 1855

Pasaron los meses y empezó a acercarse la época en que Campo debía pensar en un sucesor para el gobierno: su mandato terminaba el 5 de marzo y había que tener listo un relevo amigo.

En carta a Sarmiento del 14 de noviembre de 1855, Posse le explicaba que ese asunto era

como en todas las provincias: "cada círculo y cada familia tiene su candidato, a quien cada uno de su lado le cuelga defectos y cualidades, a punto que un extraño no sabría encontrar cuál es el verdaderamente popular". Agregaba, en su cáustico estilo: "No calumniaría a mi país si dijese... que ni los tontos se creen fuera de merecer el Gobierno y que sobran a docenas los que trabajarían por su propia elevación. Una cuenta muy sencilla de hacer, diciendo: Gutiérrez fue gobernador, luego yo puedo serlo porque no hay nulo igual en el país. Otros conciben, como el célebre José Vicente Reinafé, que lo más difícil del Gobierno es recibirse del cargo. Algunos piensan que el secreto de la cosa, es hallar un Ministro que lo haga todo: es decir encontrar el caballo que los lleve al fin de la jornada con toda comodidad. No faltan quienes creen todavía que el Gobierno se gana haciendo alianza con unos cuantos comandantes gauchos, y no son pocos los que viven persuadidos que, para mandar, no se necesita otra cosa que hacerse verdugos de sus enemigos..."⁽⁴⁾.

Posse ya había empezado a movilizarse detrás de un candidato: el coronel sanjuanino Anselmo Rojo, que tenía grandes vinculaciones en el norte desde los tiempos en que, exiliado en Bolivia, preparaba una invasión de emigrados por la Quebrada de Humahuaca. Ni corto ni perezoso, Sarmiento indicó que había que trabajar para que este unitario de ley fuera al gobierno de Tucumán. "Creo —escribía a

1. Que sepamos, el único autor que da algunas noticias de esta revolución es ANTONIO ZINNY, *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas (Noroeste)* (Tucumán, 1974), pp. 229-230.

2. Sobre Posse y la muerte de Alvarez, ver: CARLOS PAEZ DE LA TORRE (h), *Muerte en El Manantial*, en *La Gaceta*, Tucumán, 12-IX-1976.

3. NICOLAS AVELLANEDA, *Defensa de don José María del Campo*, en: *Escritos y discursos*, tomo X (Bs. As. 1910), p. 107-108.

4. ARCHIVO DEL MUSEO HISTORICO SARMIENTO, *Epistolario entre Sarmiento y Posse, 1845-1888*, tomo I (Bs. As. 1946), p. 50.

Posse el 1º de diciembre de 1855— que sería conveniente hacer cualquier esfuerzo para ubicar a este hombre en cualquiera de las provincias influyentes del Norte, para que sirva de base a la defensa que más tarde puede hacer necesaria la posible reacción extrema”. Como se ve, Sarmiento pensaba que la Confederación se alzaría contra Urquiza por lo que convenía asegurarse mandatarios amigos en el interior. Subrayaba: “Rojo como militar es lo que más elevado queda de la escuela de Paz, y como hombre político puede tomar una situación expectable en el gobierno de una provincia”. (5).

El cura Campo estuvo, al principio, de acuerdo, pero las otras fracciones —los urquicistas, los gutierristas y los opositores en general— empezaron a lanzar rayos y centellas contra el candidato. El hecho de que no fuera tucumano enardecía a unos; otros, lo tachaban de “sedicioso contra la autoridad nacional”.

Que el presidente Urquiza no lo quería, era sabido. Según el doctor Benigno Vallejo, “muchos días antes del 16 de abril (de 1856) ningún ciudadano ignoraba, por la voz pública, la reprobación que el Presidente de la República manifestaba sobre el gobierno del coronel Rojo, por cartas dirigidas al presbítero Campo durante su Gobierno, al coronel Neiro, al de igual graduación Chocobar, y al teniente coronel Ibiri” (6).

Rojo versus Posse

Estaba terminando el año 1855. Llegaron los diputados nacionales de regreso de Paraná, y echaron más baldes de agua fría sobre la candidatura de Rojo. Eran hombres importantes —Agustín Justo de la Vega, por ejemplo— y sus palabras tenían gravitación. El cura Campo, entonces, pensó solucionar el asunto echando mano a lo que tenía cerca: el goberna-

dor sería don *Pepe* Posse. Aunque este primero se negó, finalmente estuvo de acuerdo en que Campo lo usaría como alternativa, si el nombre de Rojo se hacía insostenible. A pesar de esa reticencia, en el fondo a don *Pepe* no le desagradaba que lo candidatearan. Y mucho menos le desagradaba el clan Posse, que veía de esa manera la posibilidad de seguir manejando la provincia. Puesto que se iba el íntimo amigo Campo ¿qué mejor sucesor podía tocarles que un pariente?

Pero había otros personajes influyentes que detestaban a Posse. Don José Frías, por ejemplo, el ex gobernador y propietario del ingenio San José, al principio no quería saber nada con Rojo. Pero cuando supo que don *Pepe* era la alternativa, decidió apoyar al sanjuanino. Al fin y al cabo, era un viejo camarada unitario. Y con él formaron los diputados “veguistas” (que obedecían a Agustín Justo de la Vega), minoría en la Sala de Representantes. Todas estas idas, vueltas y cabildeos terminaron en una variante nueva. Con los “veguistas” se formó una mayoría en la Sala que votaría por Rojo gobernador, acordándose que Posse sería el ministro. Era una forma de unificar tendencias que no desagradó el cura Campo. Pero cuando Posse se enteró, redactó su renuncia al ministerio que desempeñaba. No aceptaría —se lo dijo al cura y gobernador— que sus adversarios, los “veguistas”, salieron disponiendo de su nombre y apareciendo como triunfadores, para que él les quedara obligado y agradecido. Tampoco quería ser ministro: “No quiero, por otra parte, hacer del ministerio un oficio, porque pasaría por firmante y autorizante permanente de las administraciones, como el coya Outes en Salta y don Manuel (*sic*) Amézaga en Córdoba”... Su conversación con el gobernador ocurrió la noche del 16 de

febrero de 1856, y al día siguiente presentó su renuncia. (7)

La dimisión de Posse agregó un nuevo elemento de preocupación al cura Campo. Aunque no la aceptaba, fue la señal para que el partido liberal se escindiera profundamente. Poco costó a don José Frías y su hijo Justiniano atizar los ánimos contra Posse y a favor de Rojo. Y, entonces como reacción, los Posse todos hicieron punto de honor en que el candidato a gobernador sería don *Pepe*.

Quedaron, así, dos candidaturas irreductibles: Rojo y Posse. El fragor de la política los había enfrentado, a pesar de que eran amigos de largo tiempo atrás. Don *Pepe* escribiría a Rojo luego, relatando esos días: “Así... de paso en paso y de injuria en injuria, la candidatura de Ud. y mía se iban poniendo en antagonismo, no representando ideas ni principios, sino divisiones de familia, odios ajenos, pasiones salvajes y cuanta mala semilla puso el demonio en el corazón humano”. (8)

Por esos días, los tucumanos preparaban una gran fiesta, la inauguración de la iglesia Matriz, ceremonia donde pronunciaría el sermón nada menos que el padre Esquiú. Los liberales iban a cumplir, así, el gran sueño de Celedonio Gutiérrez. Porque era el ahora vituperado *Peludo* el autor de la Catedral: lo había obsesionado la idea de ese templo que por encargo suyo habían ejecutado dos franceses, el ingeniero Pedro Dalgare Etcheverry y don Félix Revol, uno como arquitecto, otro como decorador. Nadie olvidaba el comienzo de las obras, varios años atrás, cuando “gobernador, dignidades, damas y caballeros, exteriorizando alegrías y entusiasmo místicos, transportaban piedras para el templo”... (9) El pintor francés Leon Pallière había llegado en esos días a la provincia. En su cuaderno de bosquejos, dedicó

uno a la Catedral, donde todavía se advierten restos de los andamios, y otro al Cabildo y San Francisco. (10)

Baile con gresca

El baile en el Cabildo era de rigor, y el gobernador-cura Campo hizo los honores. Don Pepe no asistió. La guardia de la puerta tenía una orden extraña: no dejar salir a nadie de la fiesta. Y sucedió que uno de los muchachos Frías quiso salir, a mitad de la velada. El soldado no lo dejó, Frías quiso apartarlo: el alboroto llegó al salón. Dejemos el relato a don Pepe: *"En medio de esta confusión se oyó una voz que decía que a D. Manuel Posse lo estropeaba D. José Frías, y un cuñado mío que se encontraba por allí cerca se lanzó sobre Frías a defender a Posse en el supuesto de ser maltratado: entonces se convirtió aquello en una lucha escandalosa de bofetones que desbarató el baile con espantoso desorden. Las señoras corrían, gritaban, se desmayaban. Alguno dijo que era una revolución, a cuya voz se aumentó la confu-*

5. *Ibidem*, p. 54.

6. BENIGNO VALLEJO

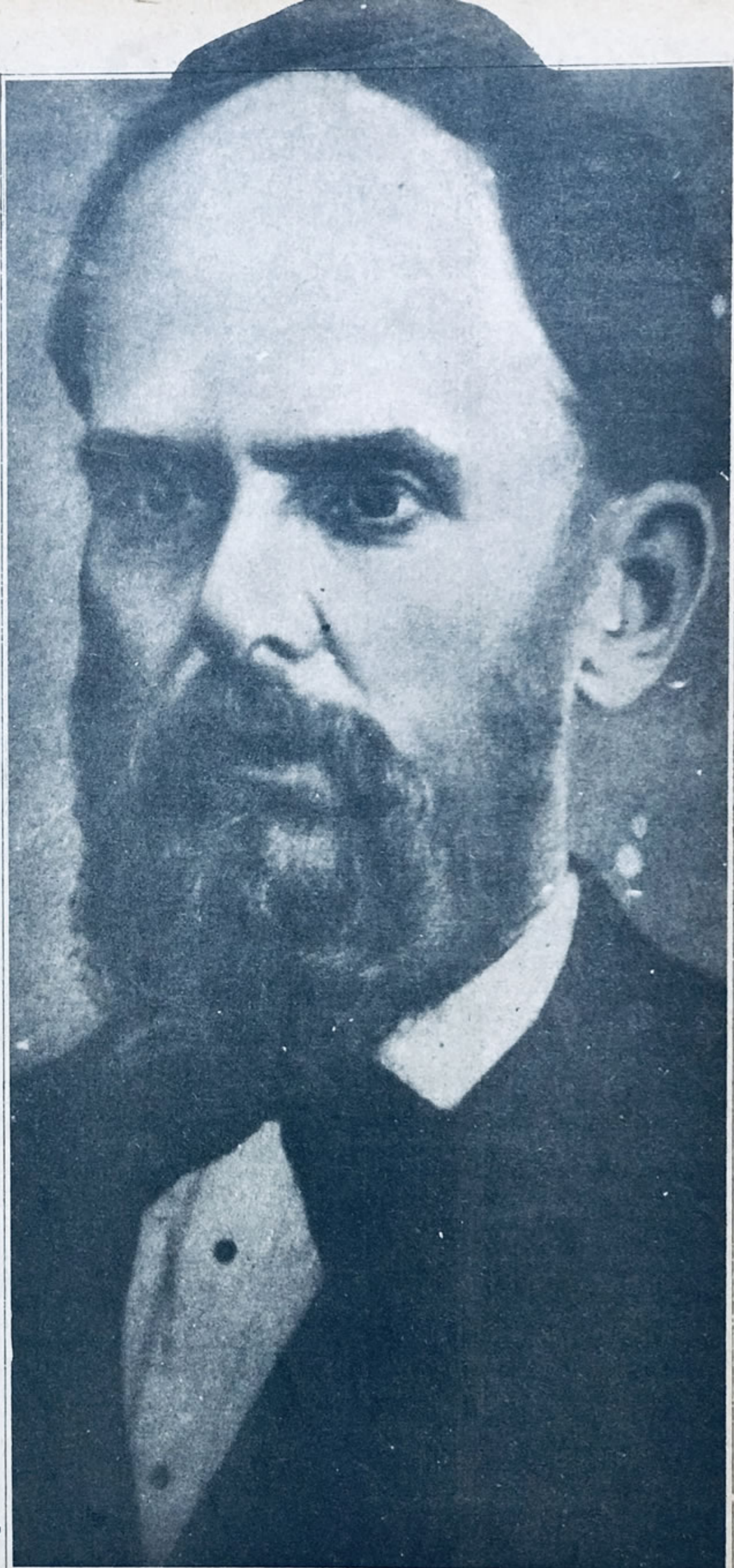
Defensa en primera instancia de los reos José Ciriaco, Manuel Miguel, Benjamín y Emidio Posse, acusados como partícipes en la revolución que estalló contra el Gobierno de Tucumán el 16 de abril de 1856, por el Dr. D... (Bs. As., 1856), p. 19-20.

7. Carta de José Posse a Anselmo Rojo, Tucumán, 7-III-1856, en: Archivo Histórico de Tucumán, "Documentación del General Rojo", vol. II, f. 485-494 vta. Esta larga e ilustrativa carta relata todo el proceso previo a las candidaturas Rojo y Posse. La misiva nos parece valiosa porque el general Rudecindo Alvarado, pariente e íntimo amigo de Rojo, comenta a su respecto: "...Hallo en ella ingenuidad y exactitud en muchas cosas... hallo también cierta franqueza de amistad que es recomendable cuando se interponen intereses personales" (id. archivo, carta de Alvarado a Rojo, Salta, 29-IV-1856, f. 577 y vta.). Sin duda, el Amézaga a que se refiere Posse es Carlos María Amézaga (1786-1866).

8. *Ibidem*.

9. FLORENCIO SAL, Lo que era la ciudad de Tucumán 80 años atrás - Referencias de Don Florencio Sal, recogidas por el Doctor José Ignacio Aráoz, y escritas en 1913, en: Revista de la Junta de Estudios Históricos de Tucumán, II, julio de 1969 (Tucumán, 1969), p. 161.

10. Los originales de ambos dibujos, están en poder del señor Miguel Alfredo Nougués, en Bs. As.



El cura José María del Campo. Con sus aliados Posse, fue factor decisivo en la política tucumana desde la caída de Gutiérrez.

La revolución de los Posse

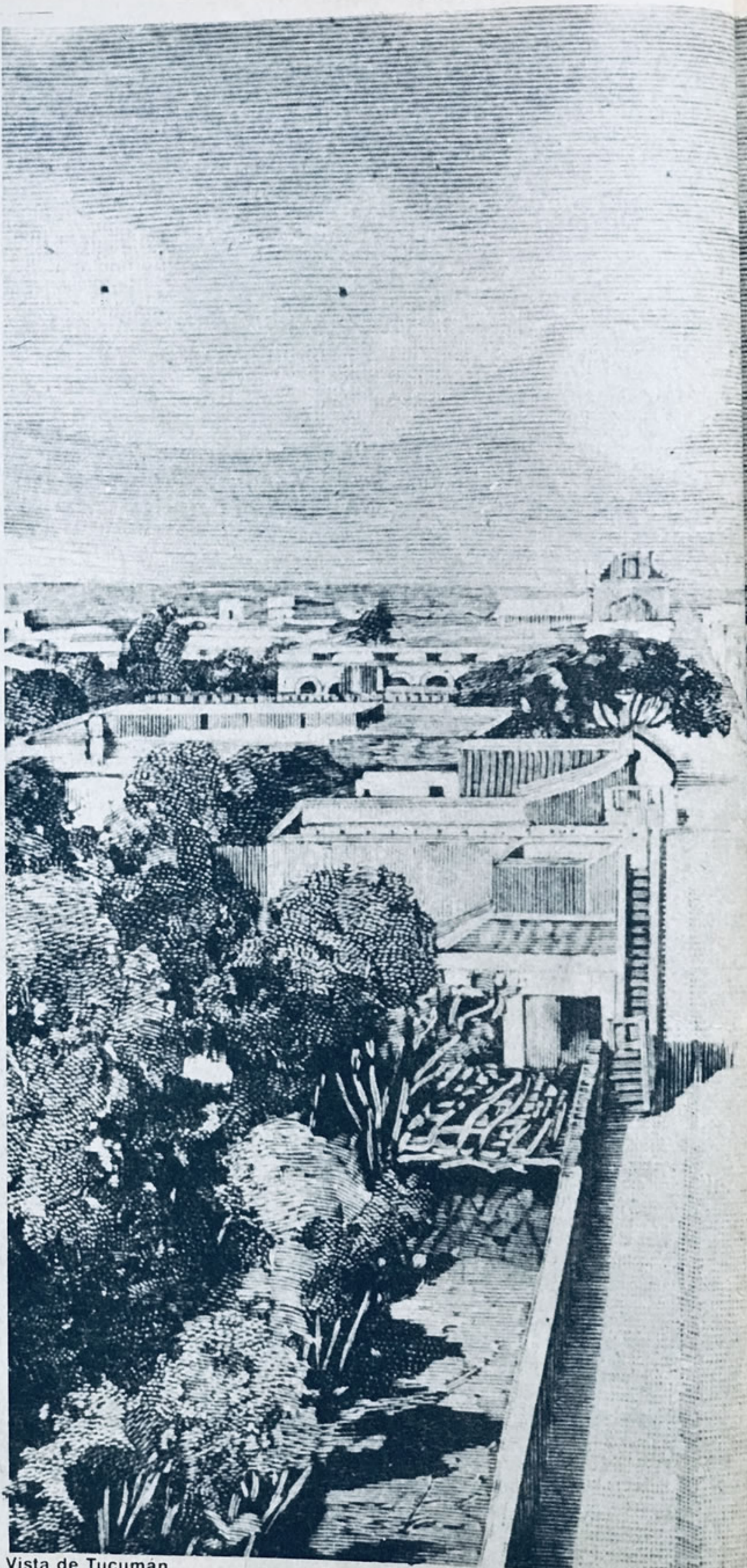
sión... El gobernador pudo restablecer el orden acompañado de algunos Posse, que de redentores pasaron a ser calumniados, atribuyéndoles premeditación del hecho que fue obra exclusiva de un accidente vulgar". El tumulto tuvo derivaciones aisladas toda la noche. Según don Pepe, a las 2 de la mañana "se armaron algunos (grupos) que de una y otra parte intentaban irse a las manos en la calle, lo cual pude estorbar con mucho trabajo" ...⁽¹¹⁾

No fueron esos los únicos coletazos del incidente. El doctor Uladislao Frías (diputado nacional y único de la familia Frías que hasta ese momento apoyaba a Posse) vino a verlo a su casa y le dijo que, pensándolo bien, haría fuerza por Rojo en Paraná. Señor —dijo don Pepe— no tengo derecho para pedir a Ud. cuenta de las variaciones de su conciencia, y siento mucho que haya Ud. perdido su tiempo recomendando mi nombre, porque no tengo ambición. Deploro en este momento que antes Ud. no hubiera pensado como hoy, que trata de abonar una candidatura que Ud. y otros diputados del Paraná han echado a perder con sus opiniones, sublevando las del país.

Frías no se inmutó. La situación ha cambiado. Ya Ud. ve lo que ha sucedido en el baile: aquello huele a mazorca, dijo:

Doctor Frías—replicó Posse— yo no pierdo la moderación en estos momentos críticos en que veo achicarse a los demás hombres. El lance del baile es un suceso vulgar que nada tiene que hacer con los negocios políticos: quite Ud. el licor de las cabezas, y la guardia que hubo en la puerta, y ese hecho no habría tenido lugar. No me parece racional encerrar en un puñetazo dado o recibido, una gran cuestión que afecta los intereses generales del país.

Frías trató de conciliar el asunto, preguntando a don



Vista de Tucumán

11. Carta de Posse a Rojo, cit.



Pepe si no sería posible buscar un tercer nombre, para terminar con los problemas creados en torno a Rojo y Posse. Don Pepe se avino a lanzar algunos, pero Frías los iba descartando: Vega, que no convenía. Salustiano Zavalía, que no podía ser. El mismo Frías, que no quería. El doctor Fernando Zavalía, que "no tenía representación en el país". La conversación se cerró, destemplada. *Pues entonces no tengo a quien proponer, ni puedo forjar un candidato a su agrado*, dijo malhumorado Posse. (12)

Así las cosas, por sugerencia de Posse, el cura gobernador llamó a los electores oficiales para que unificaran opinión sobre el candidato. Mientras, don Pepe instruía a los "possistas" a que unieran su voto a la mayoría. Así lo hicieron y Anselmo Rojo quedó consagrado como candidato oficial a la gobernación.

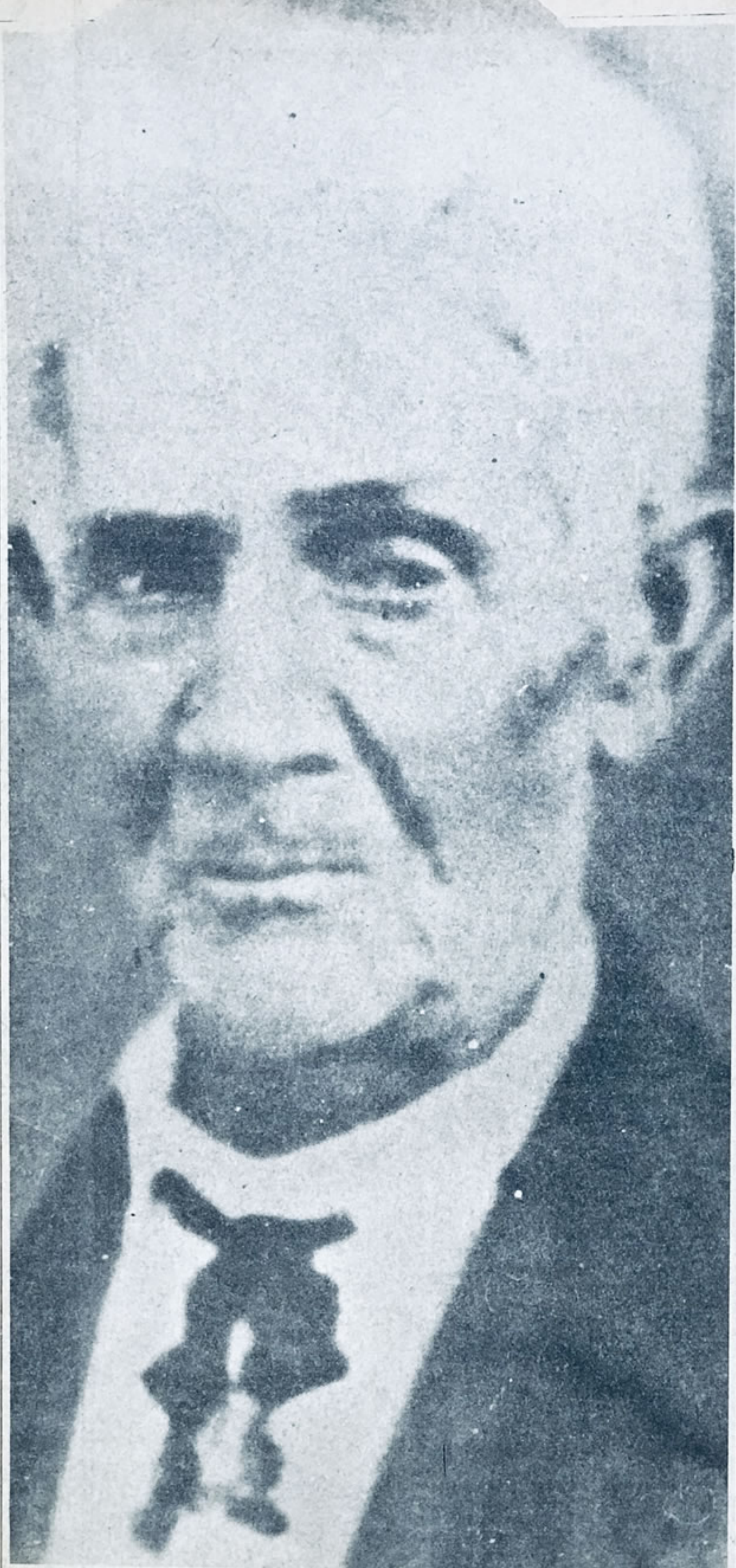
La definición no aclaró el panorama, ni mucho menos. Al contrario, todas las otras fracciones políticas de la ciudad echaron rayos y centellas. Y, como si la convulsión cívica no fuera suficiente, emigrados de Catamarca entraron —la noche del 28 de febrero de 1856— a la zona sur de Tucumán, por Graneros, haciendo una serie de desmanes y alborotando la campaña. Cortina de humo del gobierno o verdad, lo cierto es que el día de la elección de gobernador —4 de marzo— todos esperaban "un desenlace terrible", según el relato de Posse.

Rojo gobernador

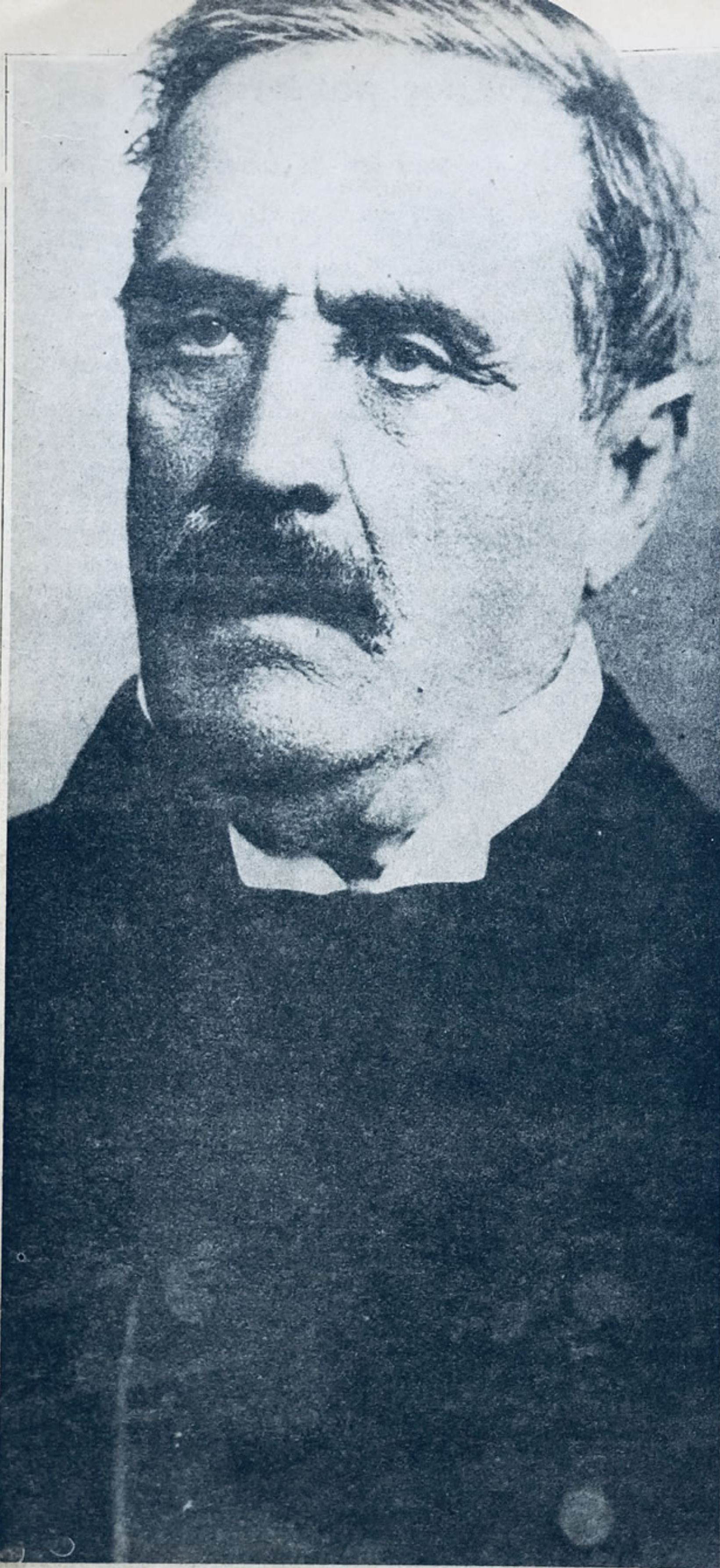
Esa mañana del 4 de marzo de 1856, el gobernador José María del Campo debió afrontar una serie de preocupaciones, además de la estrictamente referida al comicio. En efecto, sabía que el coronel Vicente Neiro¹³ al frente de unos 800 hombres, en-

12. Ibidem.

13. Neiro¹³ era santiaguense, y fue integrante del grupo que asesinó a Alejandro Heredia en 1838. El parte oficial de captura recomendada de esa época, lo describía "alto, muy rubio, cara colorada y oriundo de Santiago".



Don José Frías, ex gobernador en los tiempos de la invasión de Quiroga, era la cabeza de un poderoso clan tucumano.



Intimo amigo de Sarmiento, el periodista José Posse fue postulado para suceder a Campo en el gobierno de Tucumán.

tre jinetes e infantes, además de milicias de La Reducción (una de las zonas totalmente adictas a los Posse, que eran sus propietarios), estaba formado en las afueras de la ciudad, y había proferido una amenaza precisa: si nombraban a Rojo gobernador, entraría a disolver la Sala de Representantes a punta de pistola. La influencia de Neiro se había propagado hasta uno de los dos batallones de la Guardia Nacional que Campo tenía listos en la plaza, para mantener el orden. El mismo gobernador debió ir a someterlos, con su autoridad y, lograda la calma, volvió a meterse en el Cabildo.

Otra vez debió volver a salir, para recibir un grupo de gente que pedía se eligiera un tercer candidato. Campo los despidió con una rotunda negativa. El gobernador —dijo— sería Rojo o Posse, porque "eran los únicos en quienes podía confiarse para asegurar la tranquilidad". Además de esta tajante intervención en la "decisión popular", Campo partió a la Sala de Representantes, donde los electores deliberaban y, a pesar de alguna protesta, se introdujo en la sesión secreta. Quería evitar que sus partidarios fueran a cambiar de opinión y buscaba imponerlos con su presencia. Inclusive, los arengó para recordarles el compromiso de votar a Rojo.

Y votaron. El coronel Rojo obtuvo 16 votos, que le aportaron los hombres de Campo, más los de Posse, con excepción de 2 que se echaron atrás. El sanjuanino quedó, pues, ungido, a pesar de los desesperados esfuerzos que el doctor Salustiano Zavalía hizo para que la candidatura fracasara.

La jornada había terminado, pero hubo todavía que hacer una serie de cabildeos para dispersar a la fuerza de Neiro. Amenazas, negociaciones, ofertas y contraofertas, don Pepe relata: "Momentos tuve yo de (ganar de) montar a caballo y disparar de este infierno". Al fin, a re-

gañadientes, Neiro se alejó. Posse sentenciaba, en su carta a Rojo: "La elección ha pasado, pero las divisiones, los odios, las enemistades, los cargos, las injurias, todo esto ha quedado en el mismo lugar para seguir fermentando, quién sabe con qué resultados".¹⁴ No se equivocaba.

Meses después, el abogado de Campo, al recordar esas jornadas, diría: "La ciudad estaba rodeada por 600 hombres. Recuerde V.S. los jefes que se hallaban al frente de las tropas y luego, reconociendo lo que son las pasiones cuando ya no ven en la ley una valla que las contenga, tendrá una explicación del motín del 16 de abril..."¹⁵

Hasta que asumiera Anselmo Rojo, se acordó que Campo continuaría como gobernador interino. A la luz de los acontecimientos posteriores, es justo preguntarse con qué sinceridad Campo manejó todos los resortes electorales para que Rojo saliera electo. Sabía que al Gobierno Nacional —recordamos las cartas de Urquiza— esa candidatura le resultaba francamente chocante: ¿y cómo no había de resultarle, si el presidente sabía que Rojo, encallecido unitario de tiempos de Lavalle, tenía sus mejores amigos en el rebelde Estado de Buenos Aires? Además, aunque Rojo tuviera cierta amistad con algunos de los incondicionales de Campo (con don Pepe por ejemplo, como hemos visto, a pesar de que el comicio había enfrentado sus nombres) era evidente que no gobernaría con el mismo elenco. El antiguo soldado de Paz vendría, sin duda, a practicar innovaciones en los cuadros de poder que Campo y los Posse habían armado cuidadosamente, durante y después de las luchas contra Gutiérrez. Y esos inevitables cambios que avizoraban no resultarían muy del agrado de los ex oficialistas, que ya se habían acostumbrado al poder.

El coronel Rojo

"Anselmo Rojo había estado en todas las grandes batallas de la guerra civil, conquistando sus grados sobre los campos de las mismas. El general Paz dio siempre una preferente importancia al entonces coronel Rojo, jefe de su escolta de coraceros, sobre muchos otros oficiales superiores. Estando en San Juan, de donde es oriundo, en 1830, en comisión militar, amandado por el general Paz, sucedió la sublevación de un cuartel. Instruido de lo que ocurría, el coronel Rojo montó a caballo y con 5 soldados que lo seguían atrapó a los amotinados en la puerta con grave riesgo de perecer con las descargas que le hicieron; y sofocó a sablazos la rebelión, castigando severamente a los autores del motin. Igual hecho se repitió en Salta, en 1838, sofocando otro cuartel de sublevados. Durante el gobierno de la Confederación, el general Rojo permaneció alejado de los negocios públicos del país, sin querer aceptar puestos ni grados militares. En las constantes intrigas y asechanzas en boga en aquellas épocas, el general Celedonio Gutiérrez fue lanzado contra los señores Taboada de Santiago. El general Rojo fue a Santiago y en corto tiempo disciplinó medianamente un ejército, con el cual en una batalla campal, en Los Laureles (25 de diciembre de 1853) derrotó a Gutiérrez, salvando con este triunfo a Santiago y a los señores Taboada. Después se ocultó y oscureció como era habitual en él, hasta que Tucumán le sacó de su retiro, haciéndole gobernador de la provincia".

("Historia de los gobernadores de las provincias argentinas")

Antonio Zinny

Así, no puede extrañar que, ni bien solucionada la sucesión, el imprevisible cura empezara a socavar el terreno del sucesor, actitud que contaba con el apoyo de los Posse. El capitán Clemente Barbosa declararía, más tarde, que varios días antes de la revolución que veremos inmediatamente, había oído hablar a los Posse de dar un golpe contra el gobierno.¹⁶

Apuntemos que Rojo no quería ser gobernador. Inclusive presentó su renuncia, ni bien lo eligieron, pero fue rechazada y no tuvo más remedio que prepararse a asumir. Es que el militar sanjuanino tenía tendencia al anonimato, más que a la figuración.¹⁷

Demoró más de un mes en tomar el bastón de gobernador. Mientras tanto, Campo seguía en el mando como provisorio. A principios de abril (el 2), lo delegó a José Posse, a quien nunca había aceptado la renuncia de ministro. A todo esto, Campo pedía que lo relevaran de la responsabilidad. Final-

mente, eligieron provisorio al doctor Salustiano Zavalía: él permanecería hasta la asunción de Rojo, que se fijó para el 15 de abril.

Los Posse se inquietan

Anselmo Rojo tomó las riendas de la gobernación ese día. No era un desconocido para los tucumanos. Durante la década de 1840, había sido corresponsal de todos los "salvajes unitarios" en Bolivia, como delegado de Paz para operar contra Rosas por el norte.¹⁸ Después de Caseros, había arrojado su espada al nuevo orden, actuando con mando decisivo en la batalla de Los Laureles (Navidad de 1853), que fue la derrota definitiva de Gutiérrez.

14. Carta de Posse a Rojo, cit.

15. AVELLANEDA, Defensa... cit. p. 117.

16. Ibidem, p. 133.

17. ZINNY, Historia... cit. p. 230-31.

18. En nuestro trabajo "Aportes para el estudio de los propósitos y acciones conspirativas de los emigrados argentinos en Bolivia entre 1841 y 1852" (inérito, presentado al Congreso Nacional de Historia, Catamarca, 1975) nos ocupamos en detalle de esa etapa de la vida de Rojo.

La revolución de los Posse

Ese mismo día 15, José Ciriaco Posse, comandante de Lules, ensilla su caballo y parte hacia la ciudad de Tucumán. Está decidido. Quiere renunciar a la comandancia, porque ve negro el porvenir bajo la férula de Anselmo Rojo. Lo ha combatido a muerte durante la elección y sin duda Rojo se lo hará sentir. Pondrá en manos del cura Campo su dimisión. Pero, mientras José Ciriaco cabalgaba, su primo Benjamín Posse, comandante de Monteros, empezaba a experimentar en carne propia lo que era perder al gobernador amigo. Treinta hombres armados entraron a su jurisdicción y lo desalojaron sin miramientos. Silvestre Alvarez y un tal Ovejero formaban entre los agresores.

Anonadado y humillado, Benjamín Posse partió al galope hacia el norte. Quería encontrarse con sus primos en Lules, no sólo para pedirles que lo ayudaran, sino para advertirles sobre su propia posición: los hombres de Alvarez habían fanfarroneado que esa noche irían a dormir a Lules, lo que significaba que antes de terminar el día, otros dos Posse serían expulsados ignominiosamente.

José Ciriaco ya había partido, pero estaba Ramón Posse, que escuchó, tenso, el relato de Benjamín. ¿Qué hacer frente a este gobierno que así les mostraba los dientes? Que la mano de Rojo andaba detrás del atropello lo descontaban, ya que el diputado Pedro Catalán había auxiliado a los invasores de Monteros. Al fin, decidieron cubrir en algo la forma legal. Ramón Posse escribió una nota al gobernador denunciándole el atropello sufrido por Benjamín.

Rojo, que acababa de asumir, envió una comisión oficial a pacificar Monteros. La tormaban el coronel José Segundo Roca y nada menos que el mismo diputado Catalán.

Para los Posse, esta actitud fue definitiva. Nada podían esperar del gobierno de Rojo, y



La Catedral de Tucumán



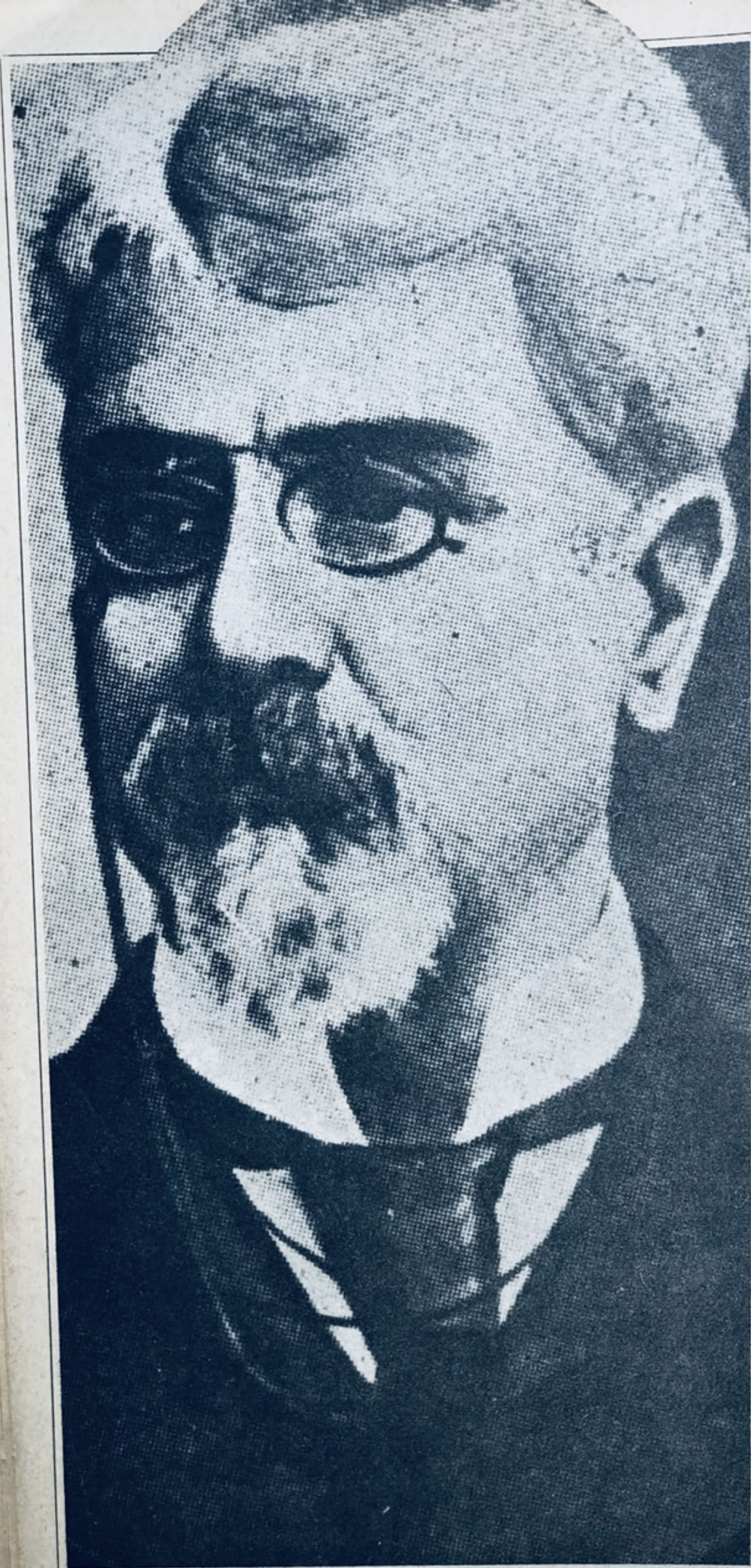
más les valía ir armando el mecanismo para hacerse respetar por sí solos. No dudaron que el cura Campo, que sabía cómo se manejaban estas cosas, les indicaría el camino a seguir.

Los consejos del cura

A todo esto, José Ciriaco Posse llega a Tucumán y se dedica a buscar a Campo. Desde que dejara el gobierno, el cura repartía el tiempo entre su plantío de caña —donde fabricaba rudimentariamente azúcar y aguardiente— y los mentideros de la ciudad. Se encuentra con Posse, quien le comunica su decisión de dejar la comandancia. Campo trata de disuadirlo, no hay que dejar ese cargo, no hay ninguna razón. Es más: para apoyar su argumento, parte al Cabildo a entrevistarse con el mismo coronel Rojo. Una hora más tarde, relata a José Ciriaco su conversación. No hay nada que temer de Rojo, que hasta lo ha invitado a acercarse a su gobierno. Campo ha respondido que lo hará, pero con todos sus amigos (léase los Posse). Le explicó que, hasta el momento, lo retraía el hecho de que Rojo se rodeara de un círculo cerrado, compuesto por adversarios de Campo. El gobernador protestó, asegurándole que todo andaría bien, y se despidieron muy cordiales.

José Ciriaco se tranquiliza. Pero al día siguiente, 16 de abril, llega un peón al galope trayendo la denuncia del suceso de Monteros, así como la carta que al respecto enviaba al gobierno su hermano Ramón. El enviado desmonta en la casa de Campo y exhibe la carta —que viene abierta— al cura y a José Ciriaco.

Hola ¿con qué quieren maniatarnos?, comentó irónicamente el cura. De inmediato, se puso en movimiento. La cosa, para él, ya estaba clara. El coronel Rojo estaba dispuesto a romper el espinazo del sistema Campo-Posse, y había que atajarlo.



El doctor Uladislao Frías: no pudo ponerse de acuerdo con Posse en las candidaturas a gobernador.

Puesto que el presidente Urquiza no tenía simpatía al electo, Campo conjeturó que no tendría problemas mayores con el Gobierno de la Confederación si se sacaba de encima a este amigo de los porteños. Lo importante era presentarles el hecho consumado: la parte legal se arreglaba después. Mientras se preparaba para la acción armada, Campo no descuidaba la psicológica. Ese mismo día, a la oración, recibió a dos amigos, los presbíteros Federico Verasaluce y Clemente Montaña. Les habló de las cartas de Urquiza en contra de Rojo, y les dijo que él mismo se las había mostrado al flamante gobernador. Les confió además que entraba en los planes de Urquiza deponer a ese mandatario elegido contra su voluntad: en ese sentido, el sobrino del coronel Neiro traía instrucciones "para echar a balazos al señor Rojo".

Para afianzar su argumento, pasó a leerles las cartas de Urquiza que objetaban la candidatura Rojo. En ellas, el presidente de la Confederación "consideraba una falta de buena política el nombramiento de Rojo, enemigo irreconciliable de algunas personalidades de Salta, San Juan y Mendoza, ventajosamente colocadas por su posición social y por la trascendencia de los cargos públicos que ejercían; pues era de temerse que a la aparición de aquel al frente del Gobierno de Tucumán se suscitaban, removiendo enconos personales, rivalidades entre las Provincias". Otra de las cartas decía "que si el señor Rojo, teniendo en vista tan graves consideraciones, renunciara al Gobierno de Tucumán, prestaría un importante servicio a la República"¹⁹.

Ya todo quedó decidido. El operativo militar se realizaría inmediatamente. Campo fue explícito delante de José Ciriaco: había que "hacer la revolución", porque, de lo contrario, esa misma noche los iban a matar.



El coronel Julián Murga, durante el asalto al Cabildo, dio orden de matar al oficial complotado con los Posse.

Contaban, para el éxito, con la complicidad de uno de los soldados del Cabildo: el sargento mayor Antonio Pericena, de 25 años. El sería encargado de paralizar la resistencia que pudiera presentar el piquete, eliminando a su jefe, el coronel Bernabé Chocobar.

¿Campo o los Posse?

Nos detendremos un momento. Para dar esta cronología de las reuniones y decisiones de los Campo y Posse, desde el momento del incidente de Monteros, hemos utilizado, combinados, los escritos que los defensores de ambos presentarían luego en el proceso, así como las declaraciones de José Ciriaco.

Según el defensor de Campo, el cura nunca estuvo de acuerdo con el movimiento subversivo. Habría sido José Ciriaco el de la idea de alzarse: Campo lo habría reprendido, y hasta habría comisionado a don Pepe para que fuera a disuadir a su pariente. Y según el defensor de los Posse, las cosas ocurrieron tal como las relatamos: Campo fue el organizador del golpe. Para convencer a los Posse de realizarlo, usó las cartas de Urquiza. Los Posse —diría el defensor Vallejo— "hombres sin suficiente discernimiento en materias constitucionales, han creído que por esos documentos pudiera Campo estar autorizado para obrar contra el Gobierno legal de la Provincia cuando veían que el Jefe Supremo del Estado lo reprobaba de antemano". Hábilmente, agregaría el doctor Vallejo: "Ni era fácil que pudieran descender a la investigación de derecho constitucional, sobre si el Presidente de la República tendría o no la facultad de indicar a los pueblos la persona de sus gobernantes, o desaprobado ésta en su caso. Bajo el influjo de esa misma Constitución Nacional habían visto, dos años antes de ahora, venir una comisión

Germán Burmeister estuvo en Tucumán tres años después de la revolución de los Posse. Escribe: "Dos italianos de Niza que hablaban muy buen francés... eran los constructores de los mejores edificios de Tucumán, en donde reinaba una verdadera furia por construir; se demolían casas que estaban en buen estado y se edificaban en su lugar casas nuevas, entre las cuales se destacaban las que habían sido construidas por los dos italianos, que eran espléndidas. En general, domina en Tucumán la aspiración de sobresalir por la elegancia, como no la he encontrado en ninguna otra ciudad argentina, y esto ocasiona gastos de parte de la población pudiente, que viene a favorecer a la clase trabajadora... En ninguna parte se ven tantas casas de negocio (tiendas) como aquí, y tampoco tantas damas elegantes y lujosamente vestidas como en las calles de Tucumán.

La ciudad no cuenta con mucho más de 8.000 almas, entre los cuales pocos muy ricos, pero muchos bien acomodados. Me parece que las clases medias de la sociedad disfrutaban de buena posición... En Tucumán hay mucho movimiento intelectual, más que en otras ciudades argentinas; la ciudad tiene un gran porvenir, pues es la más activa y la más adelantada del interior"

(Germán Burmeister, "Descripción de Tucumán")

enviada por el Gobierno General a imponer al general Gutiérrez, gobernador de Tucumán, que depusiese las armas y el mando, lo que no verificado, se le trató y llamó a juicio como rebelde a la Nación". En suma, para Vallejo, a los Posse les pareció natural derrocar a Rojo, si a Urquiza no le gustaba y el cura Campo armaba el asunto. La cuestión constitucional "no asomó siquiera al espíritu" de los Posse, como "acostumbrados que estaban a cumplir y ver cumplir órdenes extraoficiales del Gobierno de la Provincia en todos los tiempos, sin haber jamás sido sujetos, ni haber visto que otros lo sean, a responsabilidad alguna por ello"²⁰

José Ciriaco Posse, Durval Vázquez y Benjamín Posse reclutaron los hombres entre sus peonadas. Gente de Monteros, de Lules y las goteras de la ciudad engrosó el conjunto. *Muchachos, 25 pesos se les ha de dar mañana si salimos bien*, les dijeron a los de La Reducción, según declaraciones del curtidor Braulio Paz.

En realidad, no esperaban encontrar resistencia. Según Jose

Ciriaco, el cura Campo les aseguró que "viendo el aparato de esa fuerza en el Principal, Rojo había de renunciar, y que entonces se reuniría la Sala y nombraría un interino, y este sería amigo de ellos"²¹. También Campo había tirado otras líneas. Pensaba que el coronel Neiro —el rebelde del día de la elección— se sumaría a su intento, con los hombres que tenía. Y también conjeturaba que el comandante Lucas Ibiri, que estaba reclutando gente para el ejército de la Confederación, no titubearía de sumarse al derrocamiento de un gobernador que no contaba con la aprobación de Urquiza.

En síntesis, todo parecía listo para que cambiara otra vez el propietario del sillón de gober-

19. AVELLANEDA, *Defensa*... cit. p. 116-16.
20. VALLEJO, *Defensa*... cit. p. 20-21

21. Archivo Histórico de Tucumán, Sección Judicial. Juzgados del Crimen, Instrucción y Correccional. 1856, abril 19. Materia: Sumaria información por el motín del 16 de abril del año 1856. Antecedente: Galiano Fulgencio, Ancari Pedro, Romano Cecilio, Gallinato Faustino, Araoz Tomás, Juárez Pedro (a) Pedro Pito. Consecuente: De oficio" (Expediente 12. Caja 50). La declaración de José Ciriaco Posse. fs. 14-16 vta.

nador. Que fuera Campo o sus amigos Posse, era lo mismo.

Asalto al Cabildo

Esa misma noche —miércoles 16 de abril—, en el Cabildo, los comerciantes daban un baile en homenaje al flamante gobernador. Estaban entretenidos con los vales cuando los rebeldes se fueron acercando a la ciudad. Según Zinny, serían unos 150. Al mando de la caballería iban José Ciriaco, Ramón y Manuel Posse, con Durval Vázquez. Se distinguían algunos oficiales, como el comandante Camilo Toro, el capitán Eladio Garretón, el teniente Abraham Zamorano, los alféreces Benicio Zelarrayán y Jacinto Décima. Además, estaban los capataces de confianza de los Posse: Anselmo Juárez, Francisco Pedraza, Pedro Coya. Frente a la barraca de don Lorenzo Duhart, se acordó que la infantería correría a cargo de Benjamín Posse. El cura Campo estaba en la casa de Campero ("de la iglesia de Santo Domingo, rumbo al naciente a la media cuadra sobre mano izquierda"). A mitad del camino, entre El Manantial y San Miguel de Tucumán, se encontraron dos jinetes más, "frente a una casa vieja del coronel Domínguez", según declararía Desiderio Aragón. Uno de ellos era Emidio Posse. "Que apurasen la marcha, que estaban en baile", les dijo. Después, en el proceso, declararía que fue a exhortarlos para "que si era posible retirarse lo hicieran, más si los sucesos estaban ya tan avanzados que no pudieran retrocederse, precipitasen los hechos para ver si de ese modo salvaban".

Los hombres siguieron avanzando. De repente, los quiso pasar un jinete. Era Casimiro Paz, herrero de Lules, que venía mandado por Miguel Padilla para alertar al Cabildo. Poco trabajo les costó apresarlo. Maniatado, lo trajeron con ellos. Paz declararía que "tras los cer-

cos de la quinta del finado Ferrera", cargaron las armas y José Ciriaco Posse los arengó "jugando su lanza" y diciendo "Ea muchachos, no me den cuartel, no me dejen uno vivo".

Ya dividida la infantería de la caballería, esta última entró por la calle de Santo Domingo, rumbo a la plaza principal. Tu vieron —sigue Paz— un encuentro más: "dos caballeros, uno alto embozado en su capa, y el otro bajo, gordetón, ambos vestidos negros", que gritaron ¡Maten, no den cuartel! ¡Ah, mis pe-laos!

Serían las 11,30 de la noche, según Zinny, cuando la fuerza avanzó sobre el Cabildo. Entraron por la parte sur de la plaza, respondiendo con gritos de ¡Viva Campo! a la intimación de los centinelas. El baile se detuvo inmediatamente, y en medio de una enorme confusión, se organizó la resistencia. Haciendo honor a su fama de hombre decidido y sereno ante el peligro, Rojo salió personalmente a combatir: dio órdenes al piquete de fusilar a los rebeldes, de disparar el cañonazo de alarma general y de convocar a la Guardia Nacional²². La plaza estaba a oscuras. Los gritos, los galopes y los disparos que se enterraban contra los muros de adobe del Cabildo daban un decorado imprevisto y aterrador al "baile del comercio" en honor de Su Excelencia.

Los soldados del piquete se preparaban a responder el fuego, mientras veían que los atacantes, entre vivas y muertas, se metían bajo las arcadas del Cabildo, para ponerse fuera de la línea de tiro. Sin duda pensaban que allí, sin bajas, podían esperar tranquilos la caída del gobernador Rojo, que Campo les había pronosticado segurísima.

De repente, los hombres del piquete se desconcertaron. El mayor Pericena les ordenó suspender el fuego. El paréntesis fue aprovechado por los atacan-

tes para seguir ganando las arcadas. Pero venían más, y el piquete les mandó otra descarga. Otra vez Pericena volvió a gritarles ¡Alto el fuego! Y, para asombrarlos más, les indicó *A este lado es el fuego, a los nacionales*, refiriéndose a la Guardia Nacional que estaba formada para defender el Cabildo, sobre los portales del norte del edificio. El soldado Cecilio Romano quiso ingeniárselas para disparar a los atacantes refugiados en el piso bajo: movió la piedra que tapaba una abertura de las tablas del piso, y cuando estaba metiendo el caño del arma por allí, Pericena le echó "un ajo" y lo apartó.

¿Qué era esto? El sargento primero Faustino Gallinato, disimuladamente, dejó su puesto y fue a ver al capitán Tomás Aráoz. Le dijo que "había observado malicia en el mayor Pericena". Aráoz, corriendo, partió a buscar al coronel Chocobar. No lo encontró, pero sí al mayor Julián Murga, del batallón de la Guardia Nacional.

Murga no titubeó un momento. Dio orden a Aráoz de que matara al mayor Pericena si lo veía repetir ese gesto. Pero no hubo necesidad. Pericena, según declaración de Aráoz, "se retiró y se sentó en un escaño que había allí, de donde, aunque se levantó varias veces, no repitió tan negro y bajo procedimiento". Cuando llegó Chocobar a increparlo, balbuceó una disculpa: había interrumpido el fuego porque esperaba órdenes...

De cualquier modo, al fracasar el intento de Pericena el éxito de los Posse se volvía problemático. Ya no contaban con nadie entre los defensores del Cabildo. Debían tomar el edificio por sí mismos. Y la cosa aparecía difícil, aún para los refugiados bajo la arcada. Los soldados del gobierno les disparaban a través de los agujeros del tablado, y empezaban a desclavar maderas para poderlos tiro-

tear más cómodamente. La orden que dio Chocobar al piquete era clara: hacer fuego "a cualquier objeto o gente que se viese abajo".

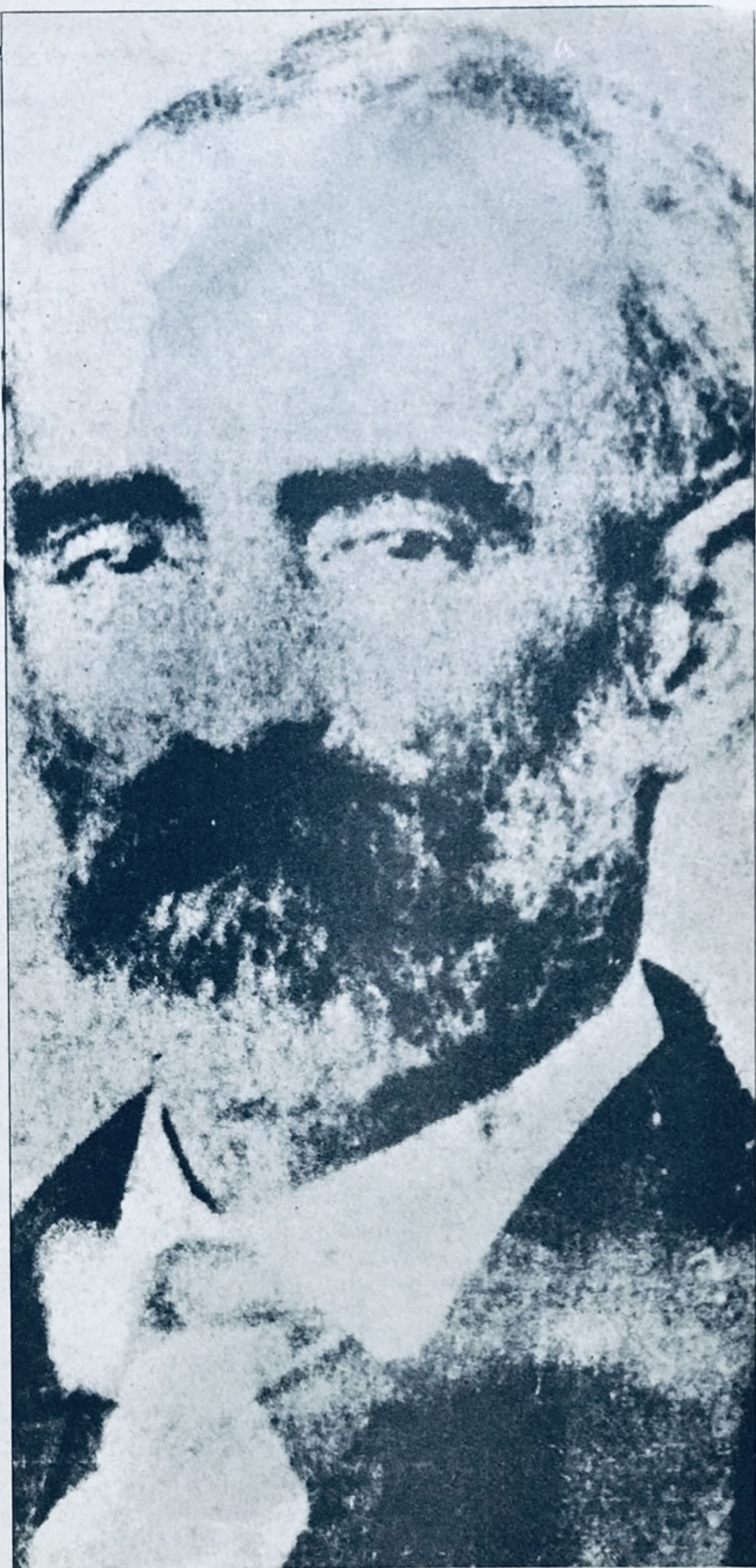
El voluminoso expediente con declaraciones de la revolución de los Posse proporciona pantallazos de las escenas con olor a pólvora vividas esa noche en la plaza y bajo la recova del Cabildo. El zapatero Lino Uriarte, llegó a la plaza porque lo despertaron los tiros "y le avisaron que andaban vivando". Para guarecerse de las balas, se metió en las arcadas. En ese instante "se vio con una lanza enristrada en su pecho, y que le contestaba D. Manuel Posse, alias el ñato, "no es él, ajo"; y viéndose el deponente en tan inminente peligro, le dijo en el momento: *No me mate, señor, que soy paisano*: y entonces el referido D. Manuel Posse le dijo *Viva Campo* a lo que el declarante contestó *¡Viva!*" Después, lo llevó ante Campo "quien alumbrándolo con la luz de su cigarro lo miró a la cara".²³

Pronto se advirtió que, pasada la sorpresa, el piquete de línea y la Guardia Nacional empezaban a adueñarse de la situación. Llovían las balas sobre la plaza y no se estaba mejor en la recova: levantados ya varios tablones del piso, los soldados hacían fuego sin interrupción. Además, partidas de caballería del gobierno iban y venían por la calle de Santo Domingo, haciendo replegar a los hombres de los Posse.

José Ciriaco Posse buscó su caballo. Estaba muerto. Agarró el de un soldado y al galope "por medio de un horrendo granizo de balas que le tiraron", se fue a lo de Campero en busca del cura Campo. Según declararía luego, "entrando le dijo a Campo que allí estaba: "Ajo ¿qué es esto que están fusilando a mis solda-

22. ZINNY, *Historia* ... cit. p. 229-230.

23. Empero, por vívida que parece la declaración de Uriarte, todo indica que Campo no estuvo en la plaza esa noche. Hasta Manuel Posse lo confirma.



Ramón Posse, jefe militar en Lules. El rostro de un hombre acostumbrado a mandar y ser obedecido.


dos? El cura le dijo que se tranquilizara y tratara de reunir la caballería dispersa.

No muy convencido, José Ciriaco volvió a la plaza. Junto a algunos hombres y volvió a buscar al cura, esta vez acompañado por su hermano Ramón y Durval Vázquez. Pero no había rastros de Campo. ¿Qué hacer? El coronel Neiroth podía ser la solución y fueron hasta la casa de Angel Bazán, donde vivía. Pero no tuvieron suerte. Neiroth les contestó "que se fueran al ajo, que si se habían metido en semejante bochinche, que ellos sabrían como salvarse". Y que estaban locos si pensaban que las fuerzas nacionales los ayudarían en el trance: los soldados de Neiroth no saldrían a la calle, ni siquiera "a contener el desorden". Y cerró la ventana.

No tuvo mejor resultado la gestión de Durval Vázquez en la casa del coronel Lucas Ibir. Según declararon los peones, la señora le dijo que el coronel estaba en el Cabildo entre los defensores. Al oírlo "Vázquez echó un ajo y dijo: ¡Hasta Ibirí ha dado fuego en contra de nosotros!" Rato después, otra persona llegó a golpear la puerta de la casa de Ibirí. Era el mulato Vicente Carranza, criado de Campo y llevaba un mensaje del cura: que Ibirí reuniera unos civiles y fuera a verlo ²⁴.

Los atacantes empezaban a desordenarse, tratando de fugarse. A algunos los pudo hacer volver Ramón Posse, ofreciéndoles lanzazos. Más persuasivo, Manuel Posse prometía 100 pesos a cada soldado, si triunfaban.

Pero el triunfo aparecía más que difícil, conforme se acercaba la madrugada. Es que el piquete del Cabildo y la Guardia Nacional empezaban a recibir refuerzos. Milicias de las poblaciones cercanas llegaba, a todo galope, para sostener al gobierno constitucional. Convencidos de que ya no había nada que hacer, José Ciriaco, Ramón Posse, Durval Vázquez y el capa-



Emidio Posse, que partió a disuadir a sus hermanos y parientes amotinados.

Una precaria economía

Cuatro años antes de la revolución de los Posse, Vicente Quesada visitó Tucumán. En sus **Memorias de un Viejo** recuerda: "Se empezaba entonces a dar importancia al cultivo de la caña de azúcar: pero los ingenios eran rudimentarios, ninguno poseía las máquinas convenientes, y se molía y beneficiaba la caña-azúcar de una manera primitiva. Uno de los más ricos establecimientos era de don Wenceslao Posse: tenían ingenio Zavalía, otros Posse, Talavera y no sé cuántos más. Todavía los Méndez no se habían hecho cultivadores de caña, no adquirido los grandes ingenios que les han dado influencia y fortuna considerable. Los artículos de exportación eran, en esa época, suelas, pellones, tejidos y quesos de Tafi, con lo cual saldaban la importación de mercaderías europeas. El producto de los ingenios se consumía en las provincias limítrofes, así como los aguardientes y la chancaca y melazas. Se hablaba de la importancia de esta industria, pero era necesario traer máquinas y usar del crédito, y no había ni caminos, ni comunicaciones periódicas, ni capitales. En esos momentos, Buenos Aires estaba en guerra con las Provincias, y no era posible dar a aquella industria el desenvolvimiento necesario".

(Victor Gálvez [Vicente G. Quesada],

"Memorias de un viejo - Escenas y costumbres de la República Argentina")

taz Anselmo Juárez se fueron a la chacra del cura Campo, "de la laguna al Sur" mientras Manuel Posse, herido, se refugiaba en su casa. La tropa había fugado a los cuatro vientos, y varios de los peones fueron capturados por los leales al gobierno.

Los Posse y Vázquez sopesaron las consecuencias del tiroteo, y tomaron algunas precauciones. Por de pronto, enterraron "un porongo lleno de balas", así como 24 tarros de pólvora en las inmediaciones de la casa. Los peones cavaron silenciosamente el respectivo agujero: después, lo señalarían puntualmente a la policía.

Hacia las 4 y media de la mañana, la intentona había sido conjurada. Desde esa hora, ya la tropa de Rojo realizaba "operaciones de limpieza" por la ciudad, arrestando a los aterrados peones de los Posse. Doce muertos y muchos heridos quedaban en la calle. Los datos de los capturados llevaron a la policía, rápido, al paradero de los cabecillas. Cargados de grillos, los condujeron a la prisión del Cabildo. En cuanto a Campo, no se movió de la casa de Campero. Cuando el gobernador lo citó a las 9 de la mañana, concurrió mansamente y fue alojado sin ningún trámite en la prisión.

A esta altura, una pregunta parece necesaria. ¿Por qué la actitud pasiva de Campo esa noche? Hay que desechar la posibilidad de que se acobardaba: si algo le sobraba al cura eran agallas para la pelea, como lo había demostrado muchas veces. ¿Pensó que los Posse solos se bastarían, y no había previsto recursos para el caso de que los descalabrarán? ¿O sería que entre la hora que dispuso el motín y la llegada de los soldados, un mejor examen de la situación lo convenció de que no había ninguna posibilidad de éxito, y no pudo detener ya las cosas?

Arriesguemos otra hipótesis. Campo arma la revolución, pero no piensa participar directa-

mente. Eso ya está arreglado con los Posse. Ellos derrocarán al gobierno y Campo lo asumirá como única posibilidad de mantener el orden. Al no aparecer personalmente en la acción, no quedará delante de Urquiza como un faccioso contra la autoridad constitucional y conseguirá, de todas maneras, el gobierno, sin lastimar los escrúpulos legalistas.

El proceso

El proceso de los Posse duró dos meses; en el transcurso de los cuales los abogados defensores hicieron un meritorio esfuerzo por librarlos de responsabilidad. El doctor Benigno Vallejo tomó a su cargo la defensa de los Posse y Durval Vázquez. En cuanto al cura Campo, tuvo tres abogados: primero fue el doctor José Fabián Ledesma, magistrado de tiempo de Alejandro Heredia. Lo reemplazó el doctor Salustiano Zavalía -que tenía frescos los debates de la Constituyente de Santa Fe, donde había representado a Tucumán-, y que invocó larga e ilustrativamente el capítulo de los derechos y garantías. Y fi-

nalmente, agarró la causa de Campo un jovencito que recién llegaba de Córdoba, y a quien todos miraban con simpatía por la triste infancia de huérfano que le había tocado. Se llamaba Nicolás Avellaneda (de Avellaneda, firmaba entonces) y se percibía una fuerza especial en todo lo que decía y escribía. Muchos años después, recordando aquellos días, Avellaneda escribió: "En 1856 había concluido mis estudios en la Universidad de Córdoba y me volvía a Tucumán sin hallarme más adelantado respecto de conocimientos profesionales que el saber algo del fárrago indigesto que me habían hecho aprender con el nombre de Derecho Romano... Una vez en Tucumán escribí algunos artículos en *El Guardia*

26. El defensor Nicolás Avellaneda explicará esta actitud de Campo diciendo que José Ciriaco Posse acudió a verlo "después de haber sufrido el primer descalabro" en su carga contra el Cabildo. El cura, que mantenía con Posse "relaciones amistosas selladas por favores hechos y recibidos", quiso arrimar una mano a su ex comandante departamental, y pidió entonces los cívicos a Ibiri. Pero, insistía Avellaneda, esto sólo fue algo accesorio, y ocurrido cuando el delito de revuelta ya había sido perpetrado por los Posse sin intervención de Campo. (Cfr. AVELLANEDA, *Defensa...* cit., p. 108).

Nacional que redactaba don Ruperto San Martín, y esa circunstancia me dio cierta notoriedad personal. Ocurre en abril de 1856 la revolución hecha al coronel Rojo, y don J. M. del Campo, que lo había precedido en el Gobierno, denunciado como su autor principal, no sabiendo a quién confiar su defensa, me nombró su defensor. Acepté, y en esas circunstancias hice mi aparición en el foro de Tucumán, abogando en una causa ruidosa que tenía suspenso la atención pública

Avellaneda se aferró a un argumento: no existía ninguna prueba de la complicidad de Campo con los revolucionarios probados, que eran los Posse. En su posición, la misma actitud pasiva del cura esa noche era toda una prueba. Si había sido promotor del golpe, ¿cómo no cuidaría que las cosas anduvieran bien? "¿con qué objeto se tendería a sí mismo una celada?"²⁵ Mientras tanto, la defensa de los Posse echaba todo el fardo a Campo. Comentando su actuación, Avellaneda asentará este recuerdo: "Más que con el Agente Fiscal, la discusión se trabó con el defensor de los Posse, pues estos, para defenderse de la responsabilidad principal de la revolución, la hicieron en sus declaraciones recaer sobre Campo, afirmando que por el habían sido exclusivamente movidos a ejecutarla. El doctor Vallejo, abogado de los Posse, no pudiendo negar la criminalidad de sus defendidos, pues habían sido tomados con las armas en la mano, adoptó como único medio de defensa el subterfugio de la acusación a Campo, táctica que ellos habían empezado a desenvolver desde sus primeras declaraciones. Este recurso, por cierto, era estéril, pues por más criminal que fuera Campo, esto no disminuía la responsabilidad de sus defendidos: verdad es que la causa no le daba otro atenuante: era bien desesperada y el doctor Va-

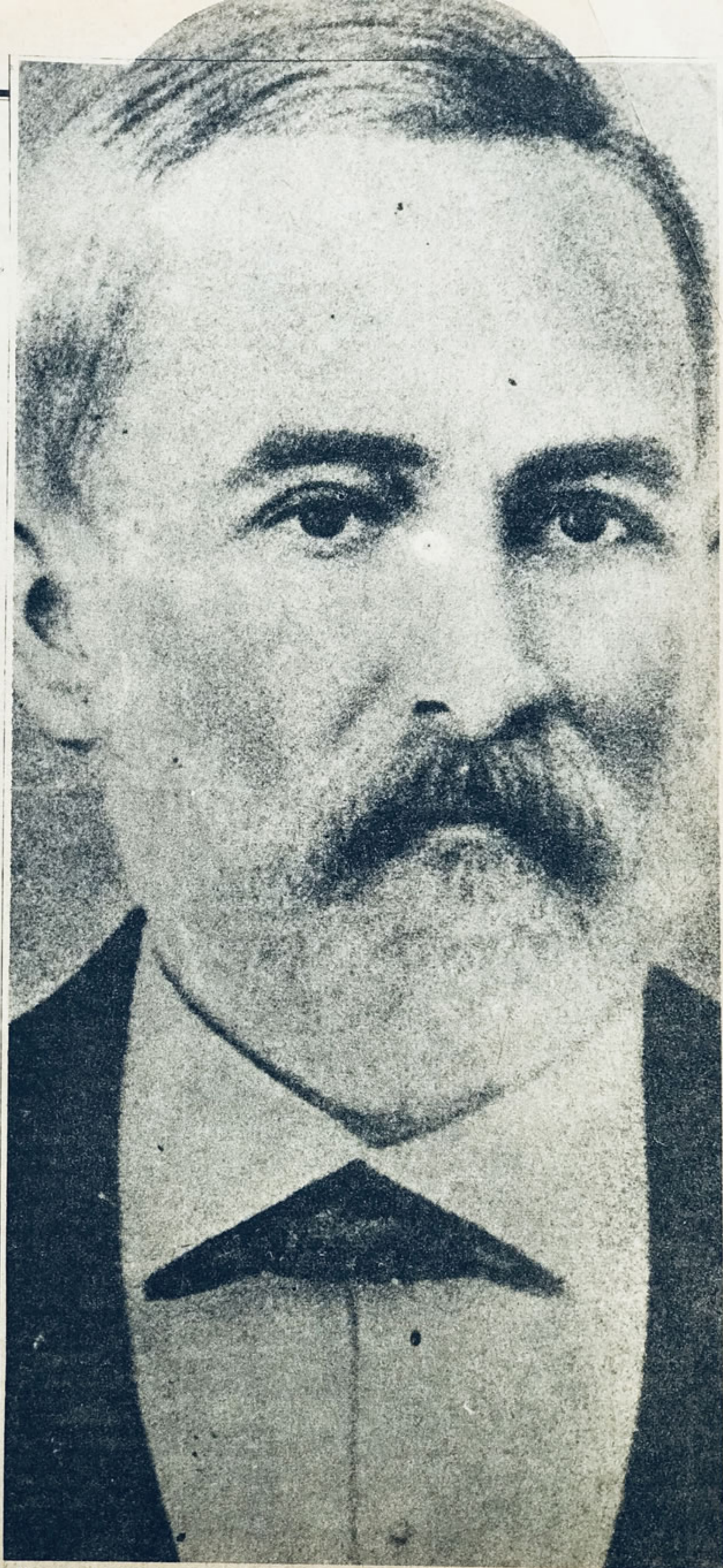


Ruperto San Martín, el juez que condeno a Campo y los Posse.

llejo la aprovechó con toda la habilidad posible. Sus escritos son notables, principalmente el segundo"²⁵.

Mientras los abogados presentaban escritos, y el fiscal Ramón Torres pedía penas apocalípticas, los reos se congelaban en la húmeda mazmorra de los bajos del Cabildo, sobre el naciente. Los defensores pedían que siquiera les sacaran los grillos: en el caso de Campo, decía el abogado, "sufrir un fuerte resfrío que no puede calentarse sino con brasas de fuego". Llevaron las brasas, pero "no puede extraer el calor natural el cuerpo ni las piernas a causa de los grillos". Para reforzar su argumentación, el abogado no titubeó en declarar que Campo estaba afectado por el *mal francés*, que en ese clima recrudecía con toda su fuerza... Pero los médicos Cayetano Rodríguez y Enrique Priestley no pudieron comprobar la verdad de este acerto: Campo no se dejó revisar por "serle sumamente bochornoso"²⁷.

Las declaraciones de los Posse, como sabemos, arrojaron toda la culpa a Campo: él fue el promotor —decía José Ciriaco— que les aseguró que todo estaba arreglado, y que bastaba llegar al Cabildo para que Rojo cayera. Por su parte, la declaración de Campo quiso mostrar una imagen candorosa de su persona. El ex gobernador, vencedor de Celedonio Gutiérrez y famoso por su capacidad de guerrero y don de mando, así como su desdén por la sotana, no titubeaba en decir que en la



Manuel Posse: fue herido bajo las arcadas del Cabildo

25. *Ibidem*, p. 119.

26. *Ibidem*, p. 132-33.


27. Archivo Histórico de Tucumán, Sección Judicial, Juzgados del Crimen, Instrucción Correccional, "1856, Mayo. 6. Por el motín del 16 de abril de 1856. Antecedentes: Posse Emidio, Ciriaco, Emidio (sic) y José María del Campo. Consecuente: De oficio" (Caja 50, Expediente 13). Este expediente y el referido en nota 21 han sido utilizados en todos los casos en que se citan declaraciones o descripciones de los acontecimientos del 15 y 16 de abril, salvo aclaración en contrario, en el curso de esta artículo.

violenta noche del 16, "en el acto de haber oído el cañonazo de alarma, no permitiéndole su carácter de eclesiástico correr a las armas, mandó a su sobrino e hijo de crianza Ramón Rodríguez para que pidiera armas a los Jefes de Guarnición en sostén de las autoridades legalmente constituidas..."

Mientras tanto, el soldado Agapito González declaraba que era verdad que Ramón Rodríguez había acudido al Cabildo, enviado por Campo... pero llevando un par de pistolas para que, con ellas, el mayor Pericena diera muerte al coronel Chocobar.

El fallo

Finalmente, el 30 de junio, el juez Ruperto San Martín dio su fallo. Condenó al cura Campo y a José Ciriaco Posse, "como principales autores", a destierro por 6 años fuera de la República. Como "principales cómplices", a Manuel Miguel Posse, Ramón Rodríguez, Benjamín Posse y los prófugos Ramón Posse y Durval Vázquez, a destierro por 4 años dentro de la República pero no a menor distancia de 160 leguas de Tucumán. En cuanto a Emidio Posse, daba por compurgado su delito con la prisión sufrida y la indemnización de "perjuicios y gastos procesales". Esta indemnización se dividía en 2 mitades: una debía ser pagada por Campo y José Ciriaco, y la otra por los demás, en todos los casos "a prorrata en proporción al capital conocido de cada uno". El 18 de junio, el juez de alzada, doctor Prudencio Gramajo confirmaría la sentencia, modificando sólo un aspecto de la indemnización: sería satisfecha *in solidum* por los reos, "no como una pena sino porque todo delito produce la obligación de resarcir los daños y perjuicios que hubiere ocasionado" y liberando a Emidio de ese pago.

A black and white portrait of Nicolás Avellaneda, a young man with a full, dark beard and mustache, wearing a dark suit jacket over a white shirt and a dark bow tie. He is looking directly at the camera with a serious expression.

El jovencito Nicolás Avellaneda debutó en el foro defendiendo al cura Campo.

La contaduría provincial estimó los perjuicios en 4.572 pesos y con 4 y medio reales, con lo que terminó el sonado proceso de los Posse. La pena no llegó a cumplirse en totalidad. Volverían bastante pronto a la provincia y volverían a ser carne y uña con el cura Campo, como había sido siempre.

Desde Paraná, el ministro del Interior, Santiago Derqui, escribió al gobernador Rojo: "Muy sensible ha sido al gobierno nacional, el que en medio de la paz que con tanta cordura se mantienen todas las provincias, a la sombra de las instituciones que han jurado, un nuevo escándalo haya venido a interrumpirla y a sellar con sangre la iniquidad de sus factores...". Elogiaba al piquete y la Guardia Nacional, afirmando que el Gobierno Nacional "que ha seguido siempre una política irreconciliable con la sedición y con el desorden, reprueba muy de veras este atentado".²⁸

Filósofo, el gobernador de Salta, Rudecindo Alvarado, escribió a su yerno el gobernador Anselmo Rojo: "La revolución de Tucumán, tan fatal como ha sido para sus autores, no era al Sr. Rojo dirigida, sino a cualquier gobernador que no fuera Campo o Posse; era un acto muy meditado y más culpable por lo tanto. El pueblo ofendido ha juzgado y castigado, y querrán por lo mismo que la acción del gobierno se aplicara a dulcificar la pena, preparando así el camino de una reconciliación que tendrá lugar en más o menos tiempo por aquellas combinaciones tan comunes en nuestra política...".²⁹ ■



El doctor Salustiano Zavalia, constituyente del 53, invocó la flamante Constitución en defensa de Campo.

28. Paraná, 5-V-1856, en: Archivo Histórico de Tucumán, Sección Administrativa, T. 80, año 1856, f. 192 y vta.

29. Carta del gobernador Rudecindo Alvarado a Anselmo Rojo, Salta, 29-IV-1856, en: Archivo Histórico de Tucumán "Documentación del general Rojo" ... cit., f. 577 y vta.